

La poesía es un oficio

(Capítulo 11 del libro «CONFIESE QUE HE VIVIDO» de Pablo Neruda)

Fragmento VI

MATILDE URRUTIA, MI MUJER

MI mujer es provinciana como yo. Nació en una ciudad del Sur, Chillán, famosa en lo feliz por su cerámica campesina y en la desdicha por sus terribles terremotos. Al hablar para ella le he dicho todo en mis Cien sonetos de amor.

Tal vez estos versos definen lo que ella significa para mí. La tierra y la vida nos reunieron.

Aunque esto no interesa a nadie, somos felices. Dividimos nuestro tiempo común en largas permanencias en la solitaria costa de Chile. No es verano, porque el litoral reseco por el sol se muestra entonces amarillo y desértico. Si en invierno, cuando en extraña floración se viste con las lluvias y el frío, de verde y amarillo, de azul y de púrpura. Algunas veces hubimos del salvaje y solitario océano a la nerviosa ciudad de Santiago, en la que juntos padecemos con la complicada existencia de los demás.

Matilde canta con voz poderosa mis canciones.

Yo le dedico cuanto escribo y cuanto tengo. No es mucho, pero ella está contenta.

Ahora la llivo como entierra los zapatos minúsculos en el barro del jardín y luego también entierra sus minúsculas manos en la profundidad de la planta.

De la tierra, con pies y manos y ojos y voz, traje para mí todas las raíces, todas las flores, todos los frutos fragantes de la dicha.

UN INVENTOR DE ESTRELLAS

Un hombre dormía en su habitación de un hotel en París. Como era un trasnocedor de dicho, no se sorprendan ustedes: si les cuento que eran las doce del día y el hombre seguía durmiendo.

Tuvo que despertar. La pared de la izquierda cayó súbitamente demolida. Luego se derrumbó la del frente. No se trataba de un bombardeo. Por los socavones recién abiertos penetraron obreros bigotudos, picota en mano, que increpaban al durmiente:

- Eh, lève-toi, bourgeois! Tómate una copa con nosotros!

Se despertó el champagne. Entró un alcalde, con banda tricolor al pecho. Sonó una fanfarria con los acordes de la Marsellesa. ¿Qué causa originaba hechos tan extraños? sucedía que justamente en el subsuelo del dormitorio de aquel soñador se había producido el punto de unión de dos tramos del ferrocarril subterráneo de París, para esa época en construcción.

Desde el momento en que aquel hombre me contó esta historia, decidí ser su amigo, o más bien su adepto, o su discípulo. Como le acontecían cosas tan extrañas, y yo no quería perderme de ninguna de ellas, lo seguí a través de varios países. Federico García Lorca adoptó una posición semejante a la mía, cautivado por la fantasía de aquel fenómeno.

Federico y yo estábamos sentados en la cervecería de Correos, junto a la Cibeles madrileña, cuando el durmiente de París irrumpió en la reunión. Aunque rozagante y mapamúndico de apariencia, llegó desencajado. Le había sucedido una vez más lo inenarrable. Estaba en su modestísimo escondrijo de Madrid y quiso poner en orden sus papeles musicales. Porque olvidó decir que nuestro protagonista era compositor mágico. Y qué pasó?

- Un coche se detuvo a la puerta de mi hotel. Oí cómo subían las escaleras, cómo entraban los pasos a la pieza vecina a la mía. Después el nuevo inquilino comenzó a roncicar. Al principio era un susurro. Luego se estremeció el ambiente. Los armarios, las paredes se movían bajo el impulso rítmico del gran roncador.

Se trataba, sin duda, de un animal salvaje. Cuando los ronquidos se desataron en una inmensa catarata, nuestro amigo ya no tuvo ninguna duda: era el Jabalí cornúpeto. En otros países su estruendo había estremecido basilicas, obstruido carreteras, enfurecido el mar. Qué iba a pasar con este peligro planetario, con este monstruo abominable que amenazaba la paz de Europa?

Cada día nos contaba nuevas peripecias espantosas del Jabalí cornúpeto a Federico, a mí, a Rafael Alberti, al escultor Alberto, a Fulgencio Díaz Pastor, a Miguel Hernández. Todos nosotros lo recibíamos anhelantes y lo despedíamos con ansiedad.

Hasta que un día llegó con su antigua risa globular. Y nos dijo:

- El pavoroso problema ha sido resuelto. El Graaf Zeppelin alemán ha aceptado transportar al Jabalí Cornúpeto. Lo dejará caer en la selva brasileña. Los grandes árboles lo nutrirán. No hay peligro de que se beba el Amazonas de una sola sentada. Desde allí seguirá atronando la tierra con sus terribles ronquidos.

Federico lo oía estallando de risa, con los ojos cerrados por la emoción. Entonces nuestro amigo nos contaba la vez en que fue a poner un telegrama y el telegrafista lo convenció de que no enviará jamás telegramas, sino cartas, porque la gente se asustaba mucho cuando recibía esos despachos alados, y hasta había quienes se morían de infarto antes de abrirlos. Nos refería la vez en que asistió de curioso a una subasta de caballos "pura sangre" en Londres y levantó la mano

para saludar a un amigo, por lo cual el martillero le adjudicó en diez mil libras una yegua que el Aga Khan había pujado hasta nueve mil quinientas.

- Tuve que llevarme la yegua para mi hotel y devolverla al día siguiente-concluía.

Ahora el fabulador no puede contar la historia del Jabalí Cornúpeto, ni ninguna otra. Se me murió aquí, en Chile. Este chileno orbital, músico de par en par, derrochador de inigualables historias, se llamó en vida Acario Cotapos. Me tocó hablar en el entierro de ese hombre inenterrable. Dije solamente: "Hoy entregamos a las sombras un ser resplandeciente que nos regalaba una estrella cada día".

ELUARD; EL MAGNIFICO

MI camarada Paul Eluard murió hace poco tiempo. Era tan entero, tan compacto, que me costó dolor y trabajo acostumbrarme a su desaparicimiento. Era un normando azul y rosa, de textura recta y delicada. La guerra del 14, en

la que fue gaseado dos veces, le dejó para siempre las manos temblorosas. Pero Eluard me dio en todo instante la idea del color celeste, de una agua profunda y tranquila, de una dulzura que conocía su fuerza. Por su poesía tan limpia, transparente como las gotas de una lluvia de primavera contra los cristales, habría parecido Paul Eluard un hombre apolítico, un poeta contra la política. No era así. Se sentía fuertemente ligado al pueblo de Francia, a sus razones y a sus luchas.

Era firme Paul Eluard. Una especie de torre francesa con esa lucidez apasionada que no es lo mismo que la estupidez apasionada, tan común.

Por primera vez, en México, a donde viajamos juntos, lo vi al borde de un oscuro abismo, el que siempre dejó un sitio reposado a la tristeza, un sitio tan asiduo como a la sabiduría.

Estaba agobiado. Yo había convencido, yo había arrastrado a este francés central hasta esas tierras lejanas y allí, el mismo día en que enterramos a José Clemente Orozco, caí yo enfermo con una peligrosa tromboflebitis que me mantuvo cuatro meses arrastrado a mi cama. Paul Eluard se sintió solitario, oscuramente solitario, con el desamparo del explorador ciego. No conocía a nadie, no se le abría las puertas. La viudez se le vino encima; se sentía allí solo y sin amor. Me decía: "*Necesitamos ver la vida en compañía, participar en todos los fragmentos de la vida. Es irreal, es criminal mi soledad.*"

Llamé a mis amigos y lo obligamos a salir. A regañadientes lo llevaron a recorrer los caminos de México y en uno de esos recodos se encontró con el amor, con su último amor: Dominique.

Es muy difícil para mí escribir sobre Paul Eluard. Seguiré viéndolo vivo junto a mí, encendida en sus ojos la eléctrica profundidad azul que miraba tan ancho y desde tan lejos.

Salía del suelo francés en que laureles y raíces entretejen sus fragantes herencias. Su altura era hecha de agua y piedra y a ella trepaban antiguas enredaderas portadoras de flor y fulgor, de nidos y cantos transparentes.

Transparencia, es ésta la palabra. Su poesía era cristal de piedra, agua inmovilizada en su cantante corriente.

Poeta del amor cenital, hoguera pura de melodía, en los días desastrosos de Francia puso en medio de su patria el corazón y de él saltó fuego decisivo para las batallas.

Así llegó naturalmente a las filas del partido comunista. Para Eluard ser un comunista era confirmar con su poesía y su vida los valores de la humanidad y del humanismo.

No se crea que Eluard fue menos político que poeta. A menudo me asombró su clara videncia y su formidable razón dialéctica. Juntos examinamos muchas cosas, hombres y problemas de nuestro tiempo, y su lucidez me sirvió para siempre.

No se perdió en el Irracionalismo surrealista porque no fue un imitador, sino un creador, y como tal descargó sobre el cadáver del surrealismo disparos de claridad e inteligencia.

Fue mi amigo de cada día y pierdo su ternura que era parte de mi pan. Nadie podrá darme ya lo que él se lleva porque su fraternidad activa era uno de los preciados lujos de mi vida.

(Torre de Francia, hermano! Me inclino sobre tus ojos cerrados que continuarán dándome la luz y la grandeza, la simplicidad y la rectitud, la bondad y la sencillez que implantaste sobre la tierra.

